

Javier Jayme Bravo

# Pioneros de lo imposible

Hitos de la exploración  
contemporánea



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 2005  
Segunda edición, revisada: 2022

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Retrato de Sir Henry Morton Stanley, 1895  
© ACI / Bridgeman  
Selección de imagen: Carlos Caranzi Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Javier Jayme Bravo, 2005, 2022  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-040-6  
Depósito legal: M. 19.269-2022  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 13 Prólogo a la segunda edición
- 29 Prólogo (2005)
- 43 1. Por las selvas de Guayana. Los hermanos Schomburgk descubren el Roraima-tepui (1835-1843)
- 46 La Gran Sabana de Venezuela: tierra de tepuyes
- 56 En el principio fue El Dorado
- 68 De comerciante a explorador
- 77 La Montaña de Cristal
- 90 El mundo perdido
- 95 Bibliografía
- 97 2. El supremo enigma geográfico. Burton y Speke buscan las fuentes del Nilo (1857-1859)
- 101 Una búsqueda de 2.500 años
- 112 Burton y Speke: semblanza de una antítesis
- 121 El asalto a las fuentes
- 129 En los grandes lagos
- 141 Un epílogo trágico
- 149 Bibliografía

- 151 3. África, sin secretos. Stanley explora el Congo (1874-1877)
- 155 El bastardo galés
- 166 «El doctor Livingstone, supongo»
- 173 Una amistad paterno-filial
- 179 El vencedor de obstáculos
- 189 El río que se traga todos los ríos
- 201 Bibliografía
- 203 4. En el infierno blanco. Shackleton desafía a la Antártida (1914-1916)
- 208 Terra Australis Incognita
- 216 La época heroica
- 225 A 88° 23' de latitud sur
- 233 La Expedición Imperial Transantártica
- 245 «Fortitudine Vincimus»
- 256 Bibliografía
- 257 5. Por el desierto de Libia. Almásy persigue el mito de Zarzura (1929-1936)
- 261 Sahara, primeras exploraciones
- 269 Atravesando África en coche
- 274 La ruta de los Cuarenta Días
- 284 La ciudad de cobre
- 297 ¿El fin de un mito?
- 304 Bibliografía
- 305 6. Por los caminos de Persia. Freya Stark recorre los valles de los Asesinos (1930-1931)
- 310 Una infancia errante

## Índice

- 316      ¿Responsabilidad y Propósito?  
322      El embrujo del desierto  
331      Los secretos de Alamut  
340      La señorita Stark, exploradora  
348      Bibliografía
- 349    7. El misterio del río Awash. Theziger en el país  
      de los afar (1933-1934)  
353      Una amistad imperial  
361      Extranjero en su país  
368      En el ojo del huracán  
378      El sultanato de Aussa  
385      Los agujeros del infierno  
392      Bibliografía
- 393    8. El primer «ochomil». Herzog y Lachenal con-  
      quistan el Annapurna (1950)  
395      El nacimiento de la idea alpina  
408      El himalayismo y los «ochomiles»  
422      Un reino cerrado al mundo  
428      La gran disyuntiva  
436      El precio de una conquista  
444      Bibliografía
- 447    9. El gran misterio polinesio. Heyerdahl excava la  
      isla de Pascua (1955-1956)  
450      «¡Ia o Rana!»  
453      Vocación de explorador  
470      La historia de Hotu Matua  
483      Un pasado humano prehistórico

## Índice

- 494 La cantera de los moái  
505 Hablan las estatuas  
526 Bibliografía
- 527 10. Quedaba un reino himalayo desconocido.  
Peissel penetra en Mustang (1964)  
531 El régimen aislacionista de los Rana  
540 «Kale phe» ('despacio, calma')  
547 Un recibimiento medieval  
558 Leyes y costumbres «lobas»  
564 «Shelkagari» ('montaña transparente')  
569 Bibliografía
- 571 Índice de mapas  
573 Índice onomástico

*A Diego Jayme, mi padre,  
quien pobló mis ensueños juveniles  
de epopeyas y leyendas, héroes griegos  
y caballeros de la Mesa Redonda,  
conquistadores de coraza y espada  
y pioneros de lo imposible.*



## Prólogo a la segunda edición

—¿Escalar una montaña virgen? ¿Pero es que todavía queda algo virgen en este mundo?

La pregunta, no exenta de hueca suficiencia, la escuché de labios de un conocido mío en el Madrid de 1996, mientras ultimábamos los preparativos de la expedición *Toledo-Himalaya* al Garhwal, una cadena montañosa poco explorada en el norteño estado indio de Uttarakhand, fronterizo con el Tíbet chino. Mi interlocutor —sospecho que sin saberlo a carta cabal— expresaba así una duda cargada de ingenua prepotencia y ampliamente extendida entre los moradores urbanos del primer mundo, para los cuales la civilización es omnipresente y ha conseguido eliminar lo remoto, lo desconocido y lo imprevisible de la faz de la Tierra.

Tal modo de enjuiciar el asunto revela, de base, un desconocimiento de la realidad global, aunque —para ser benévolo— se trata de un desconocimiento comprensible.

Los medios de comunicación divulgan a diario la imagen de un planeta, el nuestro, reducido a un microcosmos consuetudinario y sin secretos. Todo se ve, todo se sabe. Cualquier persona puede acceder, a golpe de simples vacaciones, a lugares y experiencias que pocas décadas atrás ni en sueños alcanzaba a imaginar. Las agencias especializadas en viajes de aventuras elaboran programas de alcances cada vez más extremos, proponiendo audacias que rozan lo inverosímil: ¿quiere usted llegar al Polo Norte en trineo de perros? ¿Le gustaría descender por el Amazonas en piragua? ¿Se atrevería a participar en los rituales ancestrales de los hombres-flor, primigenios y selváticos moradores de la isla de Siberut, en el indonésico archipiélago de Mentavai? La consecuencia palpable es la creencia, masivamente compartida –incluso aplaudida–, en el gran tópico subsiguiente: ya no existen espacios vírgenes.

Pues no. Rotunda y categóricamente no. La realidad es que, con el siglo XXI entrado ya en su pubertad, nuestra Madre Tierra, por fortuna, sigue conservando regiones intactas que el ser humano jamás ha pisado. Es precisamente lo que, otra vez más, quedó demostrado por nuestra expedición *Toledo-Himalaya* –a la cual, además, traigo nuevamente a colación para complacer al lector cuya curiosidad le demande conocer el resultado de la misma– al coronar el P-6393 (cartografía satelital; la cifra corresponde a la altura en metros), una montaña inviolada y sin nombre.

Han transcurrido casi tres décadas desde aquel suceso. Y algo más de tres lustros desde la primera edición de este libro, que reúne diez miniaturas exploratorias de la

Edad Contemporánea. Como es palmario, ambas memorias son concomitantes en un definido contexto: el del mundo de la exploración geográfica. La primera de ellas en los tiempos actuales; la segunda, en los de un pasado más distante, si bien perceptible como contiguo en el calendario completo del acaecer humano.

Sin mayor preámbulo: creo oportuno orientar el contenido de este prólogo a la segunda edición apostando por la opción pico Toledo-Himalaya, con su trasfondo de posibilidades abiertas hoy por hoy (aunque muchos piensen lo contrario) a pisar territorios desconocidos. Esto es: acercar al lector a las circunstancias presentes de algunos de los lugares descritos –y, en su defecto, a los eventos que, desde la primera edición, han añadido información relacionada de una u otra manera con los avatares de su descubrimiento y conquista–, sin perder de vista las probabilidades de seguir saciando nuestra sed de conocimiento con la exploración de espacios ignotos en los días presentes.

Respetando el orden cronológico, me toca comenzar por la Gran Sabana de Venezuela, cuyos habitantes nativos son los indios pemón. Gentes templadas y laboriosas que, actualmente compenetradas con la actividad turística, gestionan posadas y ofician de guías en una pléyade de excursiones organizadas con marchamo de aventura por el universo tepuyano. En Santa Elena de Uairén, capital del municipio homónimo y su núcleo urbano principal, dotado de aeropuerto para avionetas, uno se topa con numerosas agencias locales que organizan el ascenso

al tepuy más alto, más popular y mejor conocido de todos ellos: el Roraima (2.810 m). Más que nunca, la etiqueta de mundo perdido, identitaria de la Gran Sabana desde que Arthur C. Doyle publicó su célebre novela hace algo más de un siglo, es su señuelo más eficaz a la hora de promocionar este y otros destinos subsidiarios –saltos del Yuruaní, quebrada del Jaspe, navegar los ríos en curiaras y bongos con la selva de galería por dosel, visitar los poblados indígenas–, dentro de una narrativa de magnificación de la aventura en escenarios salvajes frente a los modelos de vida propuestos por la sociedad tecnológica, cada vez más alejados de «lo natural».

Las alegorías primitivistas de la Gran Sabana fructifican asimismo dentro de la industria cultural de masas. Un ejemplo conspicuo es el de *Up*, film de animación producido en 2009 por Pixar Animation Studios & Walt Disney Pictures. Ganador de dos premios Óscar (mejor película en su género y banda sonora original), la crítica internacional ha sido prácticamente unánime al calificarla de obra maestra. El protagonista, frisando ya los 80, decide ir en busca de su sueño de juventud: una tierra perdida en el tiempo donde se hallan las cataratas del paraíso. Y tanto la una como las otras resultan ser fieles reproducciones de la orografía de la Gran Sabana, a la cual se desplazó con anterioridad la cuadrilla cinematográfica pertinente. Comenzando por el director, Pete Docter, quien, entrevistado al respecto, confesó su asombro sin paliativos: «Realmente sientes que estás en otro planeta. Hay plantas y animales que no existen en ningún otro lado. Es... otro mundo».

Pues bien: contra viento y marea, tirios y troyanos, el sabanero mundo perdido –aunque cada vez lo esté menos, sí– permanece mayormente indómito. La genuina exploración geográfica (sin menoscabo de las ulteriores pesquisas biológicas) tiene aún cabida en lo más apartado e inextricable de sus profundidades. Claro que, respecto a lo de apartado, ni siquiera hay necesidad de ir a buscarle los tres pies al gato, teniendo idéntica posibilidad a mano: el Auyantepui –la célebre Montaña del Diablo, escenario hoy del muy solicitado *trekking* que en una semana conduce a los excursionistas más intrépidos por sus terrazas inferiores y su cumbre hasta el rápel por el Salto Ángel– resiste invicto a la travesía integral del eje mayor de su extensa meseta cimera (alineación SE-NW, 47 km en distancia reducida al horizonte), oponiendo con sus vericuetos de diversa índole severas dificultades técnicas y logísticas a la consecución de la misma... ¿Alguien se anima a lanzarse a esta aventura, la cual, de rematarse con éxito, constituiría una primera mundial?

Hoy en día habitan en la Antártida algunos miles de seres humanos en bases permanentes. Se trata de la población menos analfabeta del mundo, con el nivel de vida más elevado que existe. Biólogos, ingenieros, médicos y meteorólogos de los veintinueve países consultivos del Tratado Antártico trabajan con un idealismo compartido que no admite comparación posible con la coyuntura a tal efecto de ninguna nación del globo terráqueo. Los sabios de la Antigüedad, que soñaron con la realidad de la

Terra Australis, no disponían de medios para concebir que llegaría a ser un día el asentamiento del primer auténtico ensayo de utopía intentado por el ser humano, desde el comienzo de su andadura, a escala planetaria. Es éste un prodigioso –y casi quimérico– ejemplo de lo que se puede conseguir en lo concerniente a la civilización y al progreso correctamente entendidos.

Si bien la exploración geográfica del Continente Blanco sigue teniendo la puerta abierta hacia enormes espacios ignotos, lo predominante allí es la actividad científica a todos los niveles, incluido el de la investigación histórica, de la cual el proyecto *San Telmo* fue pionero de la arqueología submarina en el ámbito antártico durante el periodo 1992-1995.

La extraordinaria novedad en dicho ámbito –y, según mis informes, la segunda prospección mundial después de la del *San Telmo*– es de recientísima actualidad y pone una especie de punto final a la no menos extraordinaria odisea de Ernest Shackleton sobre los hielos, a la cual he dedicado el capítulo 4 de modo prioritario. Sin crear mayor intriga: el 9 de marzo de 2022, la prensa de medio mundo se hizo eco de un descubrimiento sensacional al respecto: la expedición *Endurance 22*, tras levar anclas el 5 de febrero en Ciudad del Cabo, Suráfrica, a bordo del rompehielos *SA Agulhas II*, había dado con los restos del naufragio del barco de Shackleton a tres km de profundidad, 106 años después de su desaparición bajo la helada superficie del mar de Weddell, acaecida el 27 de octubre de 1915.

El director de la citada expedición, el arqueólogo marino Mensun Bound, declaró: «Ésta es, con notable dife-

rencia, la nave hundida de madera más bella que he visto nunca, erguida sobre el fondo oceánico en excelente estado de conservación». Tal circunstancia, según biólogos de la Universidad de Essex, Reino Unido, se debe a la ausencia de luz y, sobre todo, a las gélidas temperaturas de las aguas antárticas, las cuales vetan la presencia del *Teredo novalis*, el temido gusano de barco, industrioso en perforar y destruir la madera.

Por su parte, el geógrafo polar John Shears, líder de la expedición, entusiasmado con la buena suerte de su equipo, calificó el descubrimiento de «asombroso, un logro increíble. Hemos hecho historia polar, completando con éxito la búsqueda del naufragio más desafiante del mundo, luchando contra el hielo marino en constante cambio, contra ventiscas y temperaturas que caen a  $-18^{\circ}\text{C}$ . Hemos conseguido lo que mucha gente dijo que era imposible».

Los expedicionarios contaron con poco más de un siglo de adelantos tecnológicos desde que el *Endurance* se fue a pique. Realizaron sus pesquisas con minisubmarinos Saab Sabertooth, dotados de un potente radar y de fibra óptica para enviar información al barco nodriza. «Puedes ver un ojo de buey, que es el camarote de Shackleton. Y en ese momento, sientes en la nuca el aliento de aquel gran hombre», explicó Bound a la BBC de Londres.

En 2019 hubo otra expedición con el mismo objetivo, que acabó en fracaso. Pero ya entonces el Tratado Antártico, ante la previsible localización del *Endurance*, decidió proteger el lugar de su naufragio declarándolo Sitio y Monumento Histórico, de forma que sus restos no

pueden ser tocados ni alterados, aunque sí fotografiados y filmados.

En cuanto al *San Telmo*, si bien el proyecto no se ha dado nunca por concluido, tres décadas después de sus inicios no se han producido novedades ni avances dignos de mención. Su desaparición en las aguas del cabo de Hornos sigue pendiente de esclarecimiento. Y lo que escribí hace diecisiete años resulta de una actualidad incontestable: «Los 644 españoles que acaso tuvieron el infausto privilegio de ser los primeros en vivir y morir en la Antártida continúan envueltos en el espeso velo de su propia leyenda. El misterio del *San Telmo* –su misterio– permanece sin desentrañar».

El espíritu de conquista que llevó a los pioneros del Himalaya a afrontar sus retos alpinos pertenece hoy a la Historia exactamente del mismo modo que el afán descubridor que impulsó a Colón a navegar hacia el Nuevo Mundo. El carácter de epopeya que acompañó a ambas empresas, alcanzados sus objetivos, ya no tiene mayor recorrido. Así como actualmente el cruce del Atlántico es, pongamos por caso, un desafío deportivo para los regatistas de la Copa América de Vela, ajeno por completo a la épica del tiempo de las carabelas, «la más grande barrera montañosa de la Creación es hoy objeto de consumo para el turismo de expedición a las alturas ofertado por las compañías comerciales en grandes operaciones financieras». Esta última frase, en referencia directa al Everest, la acuñó el propio sir Edmund Hillary en 1993, en una entrevista concedida al cumplirse los cuarenta

años de su ya legendaria ascensión en compañía del sherpa Tenzing Norgay.

Han transcurrido tres décadas desde entonces. Y el Techo del Mundo, como cabía esperar, sigue ejerciendo de paradigma de los vaivenes del alpinismo. ¿Una filosofía de vida, una práctica deportiva o un prurito de moda? Hasta los años noventa del pasado siglo, los retos del Himalaya afectaban exclusivamente a profesionales con espíritu de superación y amor a la soledad, al silencio y a la belleza grandiosa de sus paisajes. En la actualidad, el Everest, rodeado de basura, oficia además de destino turístico, abarrotado de escaladores sin experiencia que han pagado millonadas por estar ahí. La foto de cumbre es el trofeo máximo, codiciado por infinidad de personas que nunca se relacionaron con la estética de la montaña, que no la entienden y que no aceptan esa forma de vivir. Claro que los helicópteros suplen a los tradicionales porteadores, sobrevolando los hielos con su continuo zumbido en el aún llamado valle del Silencio; las cuerdas instaladas por los *sherpas* minimizan los obstáculos y las botellas de oxígeno evitan los efectos fatales del mal de altura. Llegar a la cima del mundo no deja de ser una hazaña, con independencia de cómo se haya logrado.

Producto de tales circunstancias, el Everest ejerce dos funciones fuera de contexto: las de basurero y cementerio más altos del planeta. Incluso a 7.906 m, en el collado sur y una vez alcanzada la cima, se abandona todo el material innecesario para el descenso. En cuanto a los muertos en el intento, momificados sobre la nieve, algunas compañías comerciales sugieren arrojarlos a las grietas del hielo para que no estorben. El interés personal

y la deshumanización priman frente al compañerismo y la conmiseración en un circo salvaje y mortal totalmente extraño a los arraigados valores del alpinismo tradicional.

¿Y a los montañeros expertos? ¿Qué objetivos les quedan? Concluida la conquista de las cimas emblemáticas, la única –o será mejor decir más novedosa– alternativa es la de los coleccionistas de cumbres, amantes de los récords. Reinhold Messner, citado con frecuencia como el más grande alpinista de todos los tiempos, fue el primero en vencer sin el concurso de botellas de oxígeno a los catorce «ochomiles» (cumbres con más de 8.000 m, en el argot montañero) que existen en el mundo, todos en el Himalaya. Tal proeza, que muchos consideraban imposible de conseguir en el transcurso de una vida, le llevó dieciséis años, desde 1970 hasta 1986, estableciendo con ello un nuevo arquetipo de conquista, que no tardó en generar prosélitos entre la élite del alpinismo mundial. Pues bien: en 2019, el sherpa Nirmal Purja repitió la susodicha proeza en tan sólo siete meses (de abril a octubre), superando holgadamente el récord anterior de siete años y pico. Por descontado, tuvo que valerse de apoyos no demasiado ortodoxos en esta carrera de los ochomiles: helicópteros para los traslados entre los campos base, cuerdas fijas de expediciones comerciales y oxígeno embotellado para los asaltos finales a las cimas.

En cuanto a las montañas que superan los 7.000 m de altitud, se cuentan 169, todas ellas en Asia, de las cuales solo diez no han sido aún escaladas. En 1990, desde los 5.000 m del paso de Kagmara, puerta occidental de Dolpo, el

Reino Escondido, divisamos montañas que desbordaban el horizonte y que no figuraban en ningún mapa. Los portadores desconocían sus nombres. Para ellos era también la primera vez; nunca habían estado en aquellos parajes. Y ya entonces nos brotó la incertidumbre: ¿cuántos seismiles se yerguen en el Himalaya y cuántos de ellos sin explorar y sin siquiera cartografiar? Cierto que no pueden competir en dificultades ni –lo más significativo– en la jerarquía de las vanaglorias con sus hermanos mayores. Pero eso es precisamente lo que los ha mantenido alejados de pretensiones comerciales y retos deportivos.

La idea que comenzó a incubarse a raíz de aquella incertidumbre se concretó seis años después en la puesta en marcha de la expedición *Toledo-Himalaya 1996* a uno de tantos seismiles vírgenes que rodean las cabeceras del Ganges. Pero todavía en 2018, hace apenas cuatro años, la Indian Mountaineering Foundation reportó dos primeras ascensiones mundiales a sendas cumbres de altitud superior a 6.000 m en las vecindades del pico Toledo-Himalaya. Esto es: la exploración geográfica –aunque a escala menor, si así se quiere considerar– no ha tenido aún su final en las anfractuosidades de la cordillera más elevada de la Tierra.

El antiguo reino de Mustang perdió su condición de tal en 2008, año en el que el gobierno de Nepal, tras abolir la monarquía, convirtió al país entero en una república parlamentaria federal. El rey Jigme Palbar Bista, 25.º gobernante de Mustang, fue invitado a dimitir. Transfor-

mado en una figura simbólica desprovista de todos los poderes civiles, él y su familia continuaron residiendo en el palacio de la capital, Lo Mantang.

Sin embargo, a efectos sociales y económicos, este cambio político, tras liquidar una línea sucesoria de monarcas ininterrumpida desde 1380 –pronto hará seis siglos y medio–, no ha resultado tan determinante como la apertura de una carretera de 460 km que enlaza China y la India a través de Nepal, pasando por Lo Mantang. Su construcción, comenzada en 2001, concluyó no hace aún una década. Nada de asfalto, por supuesto. Simplemente una pista de tierra; pero lo suficientemente practicable para que el vecindario de la seis veces centenaria capital asistiera a un espectáculo sin precedentes: el del primer vehículo a motor con tracción en las cuatro ruedas circulando por sus callejas.

Se abría así la puerta a unas transformaciones galopantes, como jamás habían tenido lugar, las cuales han sido –y continúan siendo– la causa de un salto desde los tiempos medievales hasta los actuales sin solución de continuidad. Aquel mundo inexplorado, aquella «tierra intacta, ilesa y sin edad» –así la soñaba Michel Peissel– hecha realidad para él en 1964, cuando fue el primer extranjero autorizado a visitar Mustang sin límites de tiempo y espacio, ya no existe. Las casas de Lo Mantang, sólidos y pequeños torreones de piedra, madera y barda con las paredes algo inclinadas hacia dentro, los techos llanos almenados por pilas de leña y gavillas y las banderas de oración con su único mantra repetidamente impreso («Om mani padme hum», la joya en la flor del loto) restallando con el viento, ejemplos del clásico estilo

tibetano, coexisten ya con los flamantes edificios de hormigón, sello inequívoco de la recién importada modernidad, y con la electricidad y el internet a remolque de aquéllos. Sin dejar de lado comercios varios y tiendas de artículos para turistas.

Tal situación alimenta de continuo una controversia sustancial entre dos bandos. Por un lado está el gobierno de Nepal, para el cual la carretera resulta decididamente beneficiosa, toda vez que activa el comercio con China y con la India, amén de generar oportunidades para que la población joven de Mustang pueda estudiar y tener empleo sin necesidad de emigrar; y por otro, quienes, defendiendo los acervos culturales y espirituales tibetanos –en particular los más ancianos–, ven en dicha construcción el lento agonizar de sus tradiciones y de su modo de vida ancestral en los fuegos fatuos de un progreso que parece considerar el bienestar material como el supremo ideal de la existencia.

El extinto reino de Lo, encajado entre montañas y considerado a raíz del viaje de Peissel como el último reducto de la cultura tibetana en estado puro, quizá no pueda ya presumir de tal. Fallecido en 2011 de un ataque al corazón, Shelkagary –‘montaña transparente’, sobrenombre impuesto por los propios tibetanos al antropólogo francés– no pertenecía ya al mundo de los vivos cuando se inauguró la carretera, pero nunca se hizo ilusiones respecto al progreso en los lugares inexplorados: «La aculturación», aseveraba, «es el reverso de la modernidad; la vida se prolonga, pero se degrada».

Mustang recibe en la actualidad unos mil visitantes anuales, sujetos a obtener un permiso especial de entra-

da y a ciertas restricciones. La casi totalidad de ellos, con experiencia –aunque sea mínima– en la práctica del *trekking*, abriga el propósito de llegar a Lo Mantang a través de las elevadas y áridas mesetas de Mustang, batidas por un viento inclemente, marchando a pie por las sendas tradicionales, recorridas durante siglos por las caravanas dedicadas al comercio y por los peregrinos en busca de la iluminación, extrañas a la recién abierta carretera. Imaginan un lugar oculto entre montañas, donde el tiempo se ha detenido, donde la tierra muestra toda su inmensidad y el ser humano se encuentra a sí mismo. Y la realidad, todavía hoy, les recompensa sobradamente. Un último viaje para deleitarse, interiorizándola, con la austera belleza del paisaje y para apreciar lo esencial de la cultura y de la forma de vida tradicional en Mustang, antes de que se desencadene una transformación definitiva.

Quiero aprovechar el final de este prólogo para hacer un apunte conciso de mi ya veterana trayectoria personal y profesional hermanada con la exploración y los viajes. Concibo ambas actividades como una filosofía de la vida, una decidida vocación de querer abarcar la multifacética esencia de la naturaleza, sintiéndome parte inherente de ella, y, a la par, de intentar comprender en profundidad la azarosa circunstancia del ser humano en su decurso existencial a bordo de este planeta-barco, la Tierra, nuestro único y obligado –hasta el tiempo presente– medio de navegación por el desconocido océano cósmico.

En este contexto, hago mías las palabras que Robert Louis B. Stevenson dejó escritas en su obra *Viajes con*

*una burra por los montes de Cévennes* (1879): «Lo grande del asunto es moverse, experimentar más de cerca las necesidades y complicaciones de la vida; salirse de ese colchón de plumas que es la civilización y encontrar bajo los pies el granito del globo, con cortantes esquirlas de sílex».

Finalmente, consigno también aquí mi agradecimiento a Frank Borman –que a sus 94 años es el exastronauta estadounidense vivo más longevo–, comandante en 1968 del Apolo 8, la primera misión en abandonar la Tierra y orbitar la Luna (consecuentemente, junto a sus compañeros de tripulación Jim Lovel y Bill Anders, es uno de los tres genuinos pioneros de la conquista del espacio), en quien creo haber identificado otro precedente de las reflexiones expuestas en mi conciso apunte, sintetizado todavía más en una sola frase suya: «La exploración es realmente la esencia del espíritu humano».

Madrid, junio de 2022

